

André Bernold

La amistad de Beckett
1979-1989

Traducción de
Anne-Hélène Suárez Girard

Fotografías de
John Minihan

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2026

Título original: *L'amitié de Beckett*

© 1992, HERMANN, www.editions-hermann.fr

© de la traducción: Anne-Hélène Suárez Girard, 2026

© de esta edición **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2026**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-129747-6-8

Depósito legal: B 4683-2026

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

© Fotografías: John Minihan

Impresión y encuadernación: Ulzama Digital

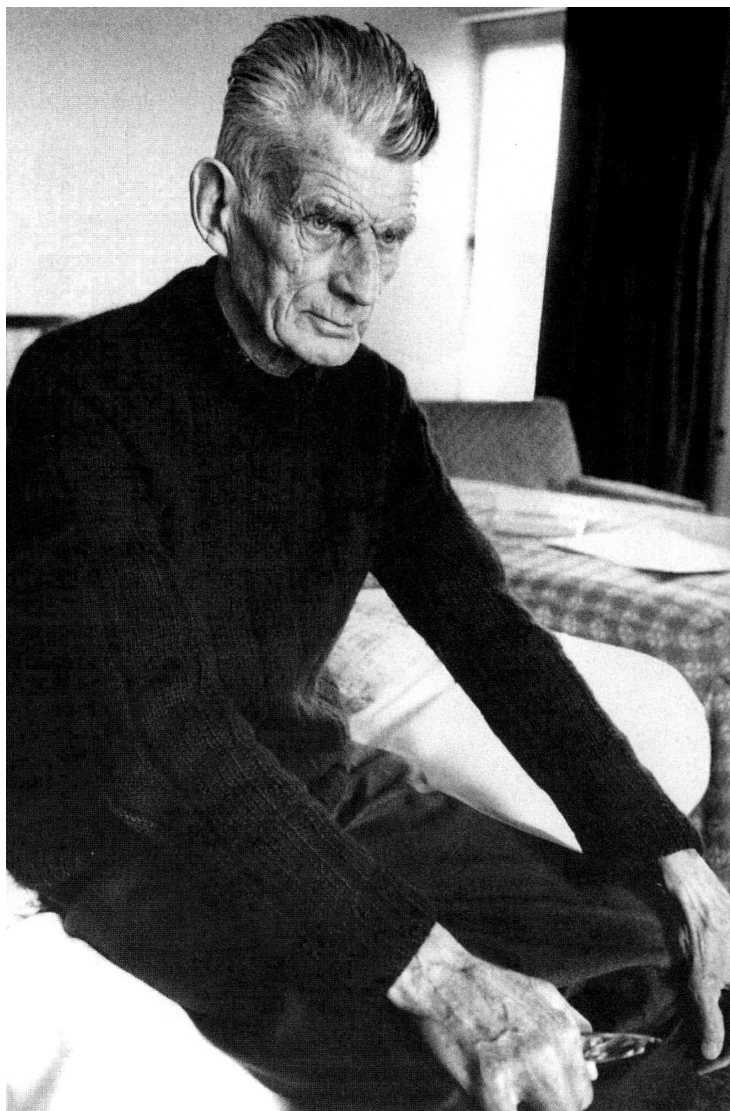
Polígono Industrial Areta, calle 33 - 31620 Huarte

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Para Josette Hayden y para Bernard Pautrat

En memoria de Nicolas Abt (1889-1965)

A MI HIJO,
NICHOLAS BERNOLD



Esa sencillez, que casi sólo los grandes hombres se atreven a permitirse y cuyo contraste muestra todo lo que tienen de extraordinario, era perfecta en él.

FONTENELLE,
Elogio de Malebranche, 1716

La gran belleza de Samuel Beckett lo exponía a las miradas, pero también le daba una suerte de invisibilidad. La gente, por la calle, sin conocerlo, se fijaba a menudo en él, pero aquellos con los que solía cruzarse y que sabían su nombre no le prestaban aparentemente mucha atención. La costumbre de la fama, su cortesía, su sencillez, no eran lo único que explicaba esa discreción, la suya y la de los demás hacia él, que resultaba más bien de su belleza, idéntica en él a su capacidad de pasar inadvertido.

El recuerdo recupera esa ausencia tal y como era en la presencia. Permite hablar de él. «Los más allegados sólo dicen lo que les fue próximo, no lo lejano que se afirmó en esta proximidad, y lo lejano cesa en cuanto cesa la presencia», escribe Maurice Blanchot en *La*

amistad. Pero la proximidad ofrecida por Samuel Beckett a alguien que no lo igualaba en nada, excepto en afecto, producía una lejanía tal que ya no dependía de su presencia, que me habitaba por completo, y que no cesa. Misteriosa es la amistad cuando es improbable y sin incidentes. En ella reina una luz, tenue y sin fuente conocida, tan lejana como cuando eran los amigos quienes la originaban.

La belleza visible de Beckett lo convertía en un ser difícil de ver realmente. Lo ocultaba, a él, que no se protegía. Mostraba de él una sucesión de aspectos discontinuos, discretos, en el sentido de los matemáticos. Ser elíptico, lo era por sí mismo. Su cuerpo, a pesar de lo que decía, le servía para estar sólo de forma intermitente, en las expresiones espaciadas de su rostro, de sus escasas voces, de sus contados gestos, y en la puesta en pausa de todo ello. Esas expresiones eran tan bellas que captaban la atención e impedían observar lo que las separaba, y cómo desaparecían súbitamente, dejándolo allí, cabizbajo. En esos eclipses, no había nada que pudiera verse o saberse. Se trataba de acompañarlo. Allí estaba él, entre dos destellos de luz, en una actitud estática en la que había que confluir con él.

Su maravillosa sencillez venía de ahí, de su no ocuparse de nada, de su naturalidad en no ser nada, de abandonar a menudo su capacidad de concentración y dejarla errar ante sí, en un rincón de la mesa. Bastaba con acomodarse con él allí; sentías entonces que el vacío del momento, y también la alegría, que la alternancia de zonas grises y claras no eran sino dos espec-

tos de una misma actitud puesta de manifiesto, sobre todo, por el carácter extraño de su belleza. Porque era extraña. Se solía decir que se asemejaba a la del ave, la del águila. Cierta vivacidad al girar, al bajar la cabeza, una manera de pasar sin transición de un estado a otro, todo ello contribuía, al igual que el famoso perfil, a rodear de espacio su apariencia.

El carácter súbito de nuestros encuentros era lo usual, dado que eran perfectamente puntuales. A menudo me topaba con él en la calle, y así fue como nos conocimos. Pero cuando tuve tiempo de verlo llegar, su aparición me tomaba por sorpresa. Apenas cruzaba el umbral se producía una aceleración. Yo veía, en el marco de la puerta, su mano levantada bien alto para saludar desde lejos, y enseguida se producía, sin transición, el abrazo. Ciertamente, mi emoción, intacta a lo largo de esos diez años, no era ajena a ello. Pero el ritmo era el mismo que el de los acontecimientos en los textos de Beckett.

Las paradas, incluso antes de que nada hubiera comenzado, las pausas en el vacío, marcaban el compás. Tal vez sea eso lo esencial de un encuentro, ese *levare*, ese pulso antes de la primera nota. De hecho, había que repetirlo cada vez. Nunca dejábamos de hacerlo. Es el *Takt*, *Auftakt*, del alemán. Se extendía a los quince primeros compases, a veces incluso igualaba a la interpretación misma. Antes de pronunciar una sola palabra ya habíamos llegado a ejecutar, con buena sincronía, inciertas mímicas suspendidas sobre nuestras cabezas y lentamente desprendidas una a una, para

yuxtaponer pregunta y respuesta, ojos claros y boca burlona, medio en serio medio en broma: «¿Cómo estás?». «¡Ni yo mismo lo sé!» Luego, *da capo*: la conversación se reanudaba donde la habíamos dejado uno o dos meses antes.¹ A veces sucedía que la repitiéramos en buena parte.

Sam recordaba a un pájaro por varios otros rasgos. Cuando el silencio volvía y él fijaba la vista en la mesa con abandono, yo miraba su frente y el nacimiento de la nariz, y el del pelo. Un remolino gris rebelde entre los cabellos blancos se alzaba como un penacho por encima de una frente poderosa, surcada de forma muy singular. El rostro ya no era más que ese cobre profundamente mordido del aguafuerte en el que, de repente, se alzarían los ojos.

Sólo a duras penas logré obtener un plano mental satisfactorio del mapa de sus arrugas. Seguía ese entramado, demasiado complicado para captarlo de un vistazo, con la sensación de que acababa de ser trazado. Esas líneas eran (en mi opinión, a él no le habrían gustado estas imágenes) indicio de sus afinidades con árboles y rocas, fuerzas doblegadas, figuras en el polvo. Pero se abrían en la suavidad de la máscara con que cubrían la severidad de la osamenta. Fruncidas entre los ojos, se elevaban en curvas paralelas como alas desplegadas sobre las órbitas y descendían hacia los pómulos, perdiéndose bajo los párpados. Así, el


1. Hasta el empeoramiento de su estado de salud, sólo en tres ocasiones estuvimos más de tres meses sin vernos.

emblema de un gavilán se cernía sobre sus ojos. La humildad de unas cuantas manchas de vejez, más visibles a la derecha que a la izquierda, o a la inversa, suavizaba esa majestuosidad.

Encima de la nariz, llamaba la atención el signo extraño, pero irrecusable, de un trigramma. El eje vertical desplegaba dos brazos que dibujaban una suerte de hombrecillo danzante. Ese entramado movedizo convertía el rostro entero en una nasa en la que quedaba atrapada la extraordinaria mirada. Nos introducía a ambos en la fluctuación general de los elementos expresivos a la que sometíamos nuestros rostros, que, en definitiva, quedaban ocultos. Así habíamos adoptado semblantes de *fisonomía-niebla*, sirviéndonos tanto de la vaguedad como de una leve sonrisa sin objeto. Irresponsables de la interpretación, libres de toda obligación de intercambio, admitíamos no tener «nada que decirnos», y eso nos tranquilizaba lo suficiente como para que fuéramos, en general, bastante habladores. De vez en cuando, me contemplaba también con cierta insistencia, sin que eso me incomodara demasiado. No sé exactamente qué pensaba de mi juventud. Pero percibía los climas que afectaban mi rostro con suficiente precisión para adivinar en ocasiones mi pensamiento.

Las aves despertaban su interés. Nuestras observaciones coincidían en lo referente a las lechuzas y a la relación entre su canto y la cantidad de luz dispersa en la noche: «Anoche volví a oír una lechuza, por primera vez en mucho tiempo. Las oía bastante a menudo

en Ussy, así como en París, por la zona del parque del Luxemburgo. Ahora ya sucede rara vez. El ulular de la lechuza es tan emocionante. —Hay una también en Colmar, que canta cuando tengo la luz encendida. —Protestan por la luz» (19 de julio de 1985).

Un día (agosto de 1984), al regresar de Ussy, me anuncia que un herrerillo acaba de anidar en su buzón. Es como si lo viera, dibujando con la uña sobre la mesa el nido  en forma de cuenco, «con pista de aterrizaje para la madre, hecho de ramitas y recubierto de musgo, para que resulte acogedor. Pequeñas bolas inanimadas de color cobrizo, con los picos abiertos; más tarde, los pájaros ya formados echan a volar. Maravilla incomprensible». (Siempre la percepción de los estados discontinuos.) «Todo cuerpo es un espíritu momentáneo, es decir, sin remembranza.» Le envié por correo estas líneas de Leibniz un 22 de diciembre de 1983. Ese mismo día, me salvé por los pelos de una muerte accidental.

Conocí a Beckett en la calle, precisamente en la puerta de mi domicilio de entonces. Había mantenido correspondencia con él unos años atrás. Le había escrito, de muy joven, desde provincias. Él respondió —creo que casi siempre respondía—. Su primera carta contenía una sola palabra; la mía no pedía más. Me había tomado al pie de la letra. La suya fue: «Sí».

Comencé mis estudios en Estrasburgo, aprobé el examen de ingreso en la Escuela Normal Superior de París, me instalé allí, y enseguida me puse a buscarlo, es decir, a deambular por el distrito XIV. No ocu-

rrió nada. Un sábado de noviembre, al volver a la rue d'Ulm, lo encuentro plantado frente a la verja del número 45.² Contemplaba la ventana de la izquierda, en el segundo piso, por encima del portal. Era la primera vez en más de diez años, me diría más adelante, que pasaba por allí. Doy media vuelta y desando el camino, vuelvo sobre mis pasos, él se alejaba, voy tras él un rato sin querer seguirlo, en vista de lo cual lo adelanto, *dejo de oírlo*, reduzco la marcha sin girarme. Los azares del tráfico nos colocan el uno junto al otro ante un paso de peatones. Le pido confirmación de su identidad y le doy la mía. Su acento irlandés me llama la atención. Recorremos juntos una calle entera. Beckett iba por el bordillo de la acera, muy despacio, y yo, por la orilla de la calzada, ajustaba mi paso al suyo. No se me escapaba lo cómico de la situación, pero tampoco la incomodidad de Beckett. En consecuencia, me despidió de él de forma bastante brusca. En ese momento, una enorme sonrisa ilumina su rostro, me tiende la mano y me dice: «Si necesita cualquier cosa, hágame saber». Y se marcha. Lo miro alejarse. No pensaba volver a verlo nunca más. Pese a ello, «hacer saber», «cualquier cosa», eran ya expresiones familiares que volverían.

Este segundo encuentro, al igual que el primero («Sí»), me gusta, no porque me sucede a mí, sino porque se produce casi en el vacío, queda vacío, pese a que

2. Dirección de la sede principal de la Escuela Normal Superior en París. (*N. de la T.*)

en realidad es muy afortunado. Siento ambas cosas a la vez, que me convienen perfectamente. No pido nada más. Vacío, pero no vano. Porque, en lugar de separarse para siempre, las trayectorias se cruzan de nuevo un poco más adelante, en un punto absolutamente singular, y luego la intersección se repite. (Nos libramos del encuentro vano, de su ineludible repetición, obsesión de su obra.)

¿Qué pasa después? Los acontecimientos van tomando forma. Amablemente, cada cual hizo dos jugadas modestas (por correspondencia). Nada presagiaba que la partida cambiaría de estilo. Tres meses después (el tiempo da una vuelta), envié a Beckett cuatro versos de Malherbe (eran de lo mejor). ¿Qué sucedió entonces? No lo sé. Una tarjeta, a vuelta de correo, indicaba el día, la hora y el lugar de una cita. Es, pues, la primera entrevista, dura una hora exacta, en un silencio casi total. No recuerdo ninguna palabra. Estábamos sentados el uno frente al otro, absolutamente callados. Creo recordar que estábamos un poco inclinados, para auscultar la amplia respiración de ese silencio.

Se ha hablado mucho de los silencios de Beckett. Para mí, eran algo normal. Eran de un hombre que no tenía gran cosa que añadir a lo que ya había expresado en sus libros. Respetar tales hábitos era lo lógico. Por otra parte, yo casi tenía los mismos, dado que no tenía nada que añadir a nada. Y además: no tenía preguntas que hacer.

Ya estábamos ajustando el dispositivo que llevaría este mínimo a su plena potencia. Necesitábamos un

sistema compuesto por un pequeño número de señas vagas. Un silencio tan natural proporcionaba una buena base. Una vez establecida esta, convenía distribuir la cantidad disponible de palabras. Sam, con su generosidad habitual, tomó la iniciativa de hablar más que yo al principio. Sería una grata sorpresa oírlo empezar, la vez siguiente, relatos que fueron reanudándose y completándose a lo largo de los años, en función de su estado de ánimo. No obstante, se estableció bastante rápido cierto equilibrio, lo cual suponía que tenía resuelto este problema: ¿qué iba a decirle?

Pero apenas era un problema. La humanidad proporciona un recurso.³ Sin embargo, por supuesto, no se trataba de conversar. No debatimos, salvo brevemente, cuestiones prácticas o relativas a aporías técnicas. Entonces, ¿hacerse compañía? Estaba bien, pero él tenía menos necesidad de compañía que yo y, en cuestión de amistad, las cosas deben estar equilibradas.

Conversación, por consiguiente, sí teníamos, pero de forma especial. Nos pasábamos el tiempo haciéndonos señas, de lejos o de cerca. ¿Qué entendíamos por eso? Una «seña» era un elemento de la situación

3. «*Lass uns menschlich sein*», «Seamos humanos», a esta nota aislada de las *Remarques mêlées* de Wittgenstein (T.E.R. [Trans Europ Reprint], ed. Gérard Granel, 1984), responde el diagnóstico de *El innombrable*: «Sólo yo soy hombre y todo lo demás es divino». Beckett me dice que nunca había oído hablar de Wittgenstein en Dublín: «Nadie lo conocía. Voy a informarme» (20 de mayo de 1984).

—actual o virtual— en la que nos encontrábamos ambos, de tal naturaleza que su emisión por parte de uno de los dos ya contenía un fragmento de lo que el otro enviaría en respuesta. Una seña solamente era una «seña» para nuestro uso si la manera en que «destacaba sobre el fondo» (el fondo que formaba nuestra relación) incluía una indicación sobre cómo reubicarla en otra parte del fondo. Es como una forma de interpretación, y tal vez el principio de toda cortesía. Una forma recíproca, ya que cada movimiento va de algún modo precedido por el siguiente, anticipado en un rasgo del que vendrá a continuación. Se asemejaba a hacer música. Y también se parecía bastante a ciertos pasajes de su teatro.

Un modo así, por su naturaleza, no facilita ilustrarlo con ejemplos, ya que no es separable del conjunto que expresa. Así íbamos, pues, cada uno descifrando su parte, recorriendo al otro con la mirada. Lo que realizábamos era un mosaico, un mosaico monocolor, un puzzle fácil, gris, como correspondía, y sin ilustración, pero en el que cada pieza colocada llenaba dos espacios al mismo tiempo.

A veces, sin embargo, uno quedaba vacante. El plano se desvanecía, doblado en vertical, abrumadora extinción surgida de una simple chispa de ausencia entre los polos momentáneamente desviados, y arco negativo tensado de uno al otro. Ya no había nada que hacer. Permanecíamos allí todavía un largo rato y nos despedíamos alegremente, porque nuestro aburrimiento no tenía importancia, ni siquiera para él, ni siquiera

para mí; y, una vez en la calle, el olvido venía a recibirnos.

Él no sentía gran interés por sí mismo; de ahí su elegancia. Recuerdo la extraña elegancia de su andar a trompicones, decidido y como contrariado. Con algo inflexible, a cada paso parecía querer desandar el camino,

pisando fuerte,
y sin esperar más,
se adelanta a sí mismo
yendo sin rumbo⁴

Iba despacio, con una lentitud atenta y obstinada, a pequeños pasos por tanto, probablemente ocupado en contarlos de verdad, muy erguido, pero con la vista en el suelo, cojeando muy levemente del pie izquierdo, que daba la impresión de apoyar con cautela, un poco torcido. Eso provocaba un imperceptible desnivel del hombro en el cual me parecía ver su firma. Cuando yo intentaba explicarme nuestra amistad, suponía que habríamos reconocido en algo análogo a ese desnivel de los hombros, aunque trasladado a lo incorpóreo, un rasgo que nos era común.

Quiero creer también que, entre las señas emitidas, algunas, decisivas e invisibles, se me habían escapado

4. «Mirlitonades», en *Poèmes suivis de mirlitonades*, París, Éditions de Minuit, 1978. [Trad. cast., *Obra poética completa*, tr. Jenaro Talens, Madrid, Hiperión, 2000.]

y le habían llegado sin que yo lo supiera. De ahí el carácter inalienable del fondo oscuro, que me resultó desde el principio absolutamente evidente. Sobre ese fondo corrían pues —lo sentía con tanta certeza como fugacidad— unos cuantos hilos desprendidos de su propia juventud. Eran hilos sueltos, líneas errantes y vagabundas que atravesaban su existencia y abordaban la mía, en breves distancias. Beckett parecía olvidar a veces nuestra diferencia de edad y me tomaba como testigo de circunstancias que memoraba y que suponía conocidas por mí. Esto me conmovía bastante. «Marcel Duchamp vivía en la rue Hallé, ¿te acuerdas?» Recordaba sus partidas de ajedrez con él: «¡Me daba una torre y aun así ganaba!»; y la belleza de su esposa. Fue en casa de los Duchamp donde Beckett y Suzanne se refugiaron primero, tras el registro de la Gestapo. Los últimos tiempos, debió de pasarlos muy cerca de allí.

Hablábamos a menudo de cruzar las líneas. La narración de los acontecimientos de la guerra se prestaba a ello, al igual que la de las idas y venidas entre Francia, Irlanda, Alemania e Inglaterra. El hecho de que yo leyera mucho en alemán no dejaba indiferente a Beckett; él también lo hacía, y nuestras conversaciones sobre literatura se referían con predilección a ello. Volvíamos a sus viajes de principios de los años treinta, a través de Alemania, que aún vivían intensamente en él. Desde Kassel envió su renuncia al Trinity College. Huir, recordaba, dejar todo plantado (lo decía en alemán: «Im Stich»), esa había sido su actitud en ciertos casos.

En una capa igual de profunda, de protegida, yo percibía su apego a la memoria de Joyce. Me habló mucho de él, de su persona, de su familia y de su entorno, pero nunca dijo nada más allá de lo convencional acerca de su relación. La relación no era figurable. Como la personalidad de Joyce pertenecía al dominio público, se limitaba a retocar su retrato. Un día, curiosamente, pensó en voz alta: «Me pregunto cuándo escribía Joyce. Sin duda de noche». Cuando Joyce llamaba por teléfono, dejaba su número, que el conserje le transmitía con acento meridional. Siempre tengo esa voz en la cabeza, me decía Sam, la voz del conserje con acento del Midi pidiéndome que devuelva la llamada al... (y cantaba el número). Oigo esa voz de voz, conservo esa seña de una seña de seña.

Yo recurría a lenguas extranjeras cuando escribía a Beckett, y a veces en su presencia, para tamizar mis palabras. ¿Qué podía darle yo, a él, que había querido perder y que me daba tanto? Simulacros, jirones calados, objetos transparentes. Como si yo hubiera dicho: «Mira, la nieve acabará por cubrirlo todo» (cantamos juntos, en voz baja, el primer lied del *Viaje de invierno*). Hilachas, las encontraría ya hechas en el poeta Hölderlin, al que Sam había prestado atención. De hecho, los veía, a Hölderlin y a Beckett, como en los extremos de la «literatura moderna», veía a Pim como el último avatar de esos hombres puros que, tras haber andado cerca de los dioses, reptaban ahora en el barro.